

## “DISPUTACIONES” SOBRE EL AMOR DIVINO–HUMANO

El punto de partida en este cuodlibeto sobre la relación amorosa divino–humana,<sup>1</sup> como elemento indispensable que la hace posible, es la necesidad que tiene el hombre de escuchar la voz divina, o la voz del Espíritu.<sup>2</sup> Si el hombre ha sido llamado a mantener con Dios una relación amorosa, y puesto que no puede existir tal relación sin diálogo, se impone la conclusión de que el hombre *necesita* oír la voz de Dios.<sup>3</sup>

Ya el libro de *El Cantar de los Cantares* expresaba la ansiedad y la emoción de la esposa ante la impresión de que ha oído —¡por fin!— la voz del Amado:

*¡La voz de mi amado...!  
Oíd que me dice...<sup>4</sup>*

---

<sup>1</sup>Como se sabe, la palabra latina *disputatio*, más aún que discusión, significa sobre todo disertación sobre un tema en el que se pretende profundizar.

<sup>2</sup>Este artículo es una ampliación–comentario del texto contenido en el libro del autor *Siete Cartas para Siete Obispos*, vol. I, Shoreless Lake Press, Stewartville (NJ), USA, 2009, pags. 100 y ss.

<sup>3</sup>Aquí no se hace referencia a la necesidad de escuchar a su Creador por parte de la creatura; en cuanto que depende de Él absolutamente y como medio necesario para alcanzar su salvación, una vez que ha sido elevada al orden sobrenatural. La discusión del tema discurre aquí por otro nivel, más elevado aunque finalmente ambos se reduzcan a lo mismo; ya que ahora se trata de profundizar en el estudio de la relación amorosa divino–humana.

<sup>4</sup>Ca 2:8.10

Una lectura superficial del Libro Sagrado consideraría tales voces emocionadas de la esposa como meras exclamaciones de alegría. Y efectivamente lo son, aunque responden en realidad a un sentimiento mucho más profundo. La esposa expresa su ansiedad y su desasosiego por escuchar cuanto antes la voz de su amado. Y dado que sus sentimientos brotan ahora del insondable y misterioso abismo del amor, que además es aquí tan intenso como anhelante y ávido, escapan por el momento a cualquier tipo de descripción.

Algo es capaz de comprender, sin embargo, quien haya estado verdaderamente enamorado. Y por haberlo estado, también angustiado e impaciente por escuchar la voz de la persona amada. Teniendo en cuenta además —y no es esto lo menos importante— la infinita distancia que media entre el mero amor humano, por más que sea puro y auténtico, y el divino–humano. Amor este último para el cual, una vez alcanzado y tal como dirían los místicos, se hace imposible cualquier explicación que satisfaga, siquiera medianamente.

Se equivocaría también quien pretendiera ver en estas exclamaciones un sentimiento *sobreabundante* de alegría por parte de la esposa. Aquí ya no se trata de considerar la intensidad del grado de gozo existente en el ánimo de la esposa. Más bien está contenido aquí, aunque no sea posible expresarlo más allá de lo que permiten las limitaciones del lenguaje humano, un inmenso grito de anhelo y ansiedad surgido del corazón de la esposa. El Esposo ya no es simplemente alguien cuya presencia alegra a la esposa hasta colmarla de felicidad, *sino que Él es, en realidad, la vida de la esposa*. La distancia existente, entre esta exclamación de amor de la esposa y la que brota de un amor meramente humano, es la misma que media entre el Cielo y la Tierra: entre lo que no alcanza más allá de lo que es el amor humano, de una parte, y las profundidades insondables de la intimidad divino–humana, de otra. Se puede *desear* ardiente-

mente la presencia de una persona amada por el gozo que supone encontrarse a su lado; o bien se puede *necesitar* anhelosamente esa presencia en cuanto que nadie puede vivir sin lo que constituye y es su propia vida (Ga 2:20). (A)

(A) En los últimos tiempos, aunque el proceso comenzó su gestación en siglos pasados, el sentido de la existencia cristiana ha sufrido una profunda depreciación. La verdad es que el cristianismo, más aún que un código de conducta o una doctrina de comportamiento para la vida, *es una doctrina de vida*. Jesucristo no vino para mejorar la vida de los hombres (Lc 12:14; Mt 6:33), *sino para que tengan vida* (Jn 10:10; 20:31). Y por supuesto que no se refería a la vida natural, sino a otra infinitamente más elevada y perteneciente a un orden distinto. Muchos son los que siguen reduciendo el Mensaje Evangélico, o de Salvación, a la Doctrina Social de la Iglesia; y también son demasiados los que se sienten más interesados por las Declaraciones de Derechos Humanos que por el contenido de los Evangelios. En realidad todo tuvo origen cuando el problema de *quién es Dios y lo que significa para el hombre* comenzó a ser desplazado por el de *quién es el hombre y lo que significa para sí mismo*. Según suele decirse, fue el hombre del Renacimiento (del que algunos citan como prototipo a Petrarca) quien por primera vez creyó darse cuenta de que era el centro del Universo; si bien otros dicen que los primeros atisbos proceden ya de los filósofos de la Antigüedad clásica, con su consideración de *el hombre como medida de todas las cosas*. Sea de ello lo que fuere, y partiendo de la base de que el hombre fue hecho por el Amor y para el amor, la actitud de la autocontemplación y —consiguientemente— la de quedarse dentro de sí mismo bajo la consideración de autosuficiencia, era contraria a su naturaleza. El narcisismo resultó para el ser humano un mal negocio, y el desplazamiento de la Teología en favor de la Antropología acabó manifestándose como catastrófico. El empeño del hombre en conocerse a sí mismo, pero partiendo de sí mismo y quedándose en sí mismo, desembocó en el nihilismo.

La realidad es muy diferente. Todo parece indicar que el hombre sólo puede alcanzar un cierto conocimiento de su naturaleza mirando hacia afuera, y aun mirándose desde fuera de sí mismo, o como en *perspectiva*. Para llegar a saber lo que realmente *es*, descubrir el misterio de su *origen*, conocer la *meta* a la que está destinado a llegar y hasta el mejor *camino* para llegar a ella, lejos de quedarse en sí mismo, era necesario que el hombre mirara hacia *más allá de él*. Lo cual significa que el conocimiento del sentido de su existencia, junto al misterio de su origen y al de su fin, solamente podía alcanzarlo *fuera de sí mismo*. De tal

manera que sólo así adquiere su verdadero sentido la Antropología, a saber: por vía indirecta, o como la contemplación de un rayo de sol de forma *quebrada*, que es lo mismo que decir reflejado a través de un espejo. La mejor y más completa definición del hombre que jamás se ha hecho en la Historia no es otra que la de Pilatos, una vez que hubo mostrado a Jesucristo maltratado ante las muchedumbres y pronunciado las palabras *Ecce Homo*. Y así es, efectivamente, pues sólo contemplando a Jesucristo puede el hombre saber lo que realmente *es*; y más todavía y sobre todo, *cómo debe ser*, o aquello a lo que está destinado a ser.

De esta manera, el único camino que le queda a la Antropología para quedar constituida como verdadera ciencia, pasa necesariamente por el amor. Ahora bien, el amor en último término es Dios, y lo que ha sido puesto en el corazón del hombre no es sino una participación (bien que real) de ese amor. De donde se sigue que la Antropología necesita de la Teología. Pues de otro modo no puede hacer otra cosa que la de dar vueltas sobre sí misma, como una peonza que gira sin cesar. . . , hasta que se le acaba el impulso y se queda inmóvil. En tiempos remotos fueron muchos los que pensaron que el lema, según el cual la Filosofía es una *ancilla theologiae*, suponía una subordinación intolerable de la Filosofía como Ciencia; que es exactamente la razón por la que serán mayoría quienes se sentirán obligados a rechazar lo dicho aquí acerca de la Antropología. Sin embargo, la realidad del mundo en el que vive la raza humana, dígame lo que se quiera y se admita o no se admita, se encarga de mostrar de forma patente que son muchas las cosas que solamente pueden realizar su naturaleza, y consumir su perfección, asumiendo la actitud y el papel de *ancillæ*. Un pretendido conocimiento del hombre, por ejemplo, que no fuera complementado por el de su último fin (lo que supondría también el desconocimiento de su origen), sería incompleto y no tendría sentido alguno. Y de ahí una posible ecuación matemática cuya formulación vendría a decir, más o menos, que *antropología menos teología, igual a nada*.

Para convencerse de que las cosas efectivamente son así, no hay sino mirar los resultados conseguidos hasta ahora por la Antropología, empeñada hasta el paroxismo en prescindir enteramente de todo sentido sobrenatural. Y sin embargo, decir de tales resultados que son nulos sin más, es evidente que no sería decir todavía la verdad. La triste realidad no es otra sino la de que han sido catastróficos. Y demasiada la frecuencia con la que han inducido al hombre a considerarse a sí mismo como una bestia; y no sólo a sí mismo, sino también y sobre todo en orden a su conducta para con los demás: ¿acaso el siglo XX no ha sido para la humanidad el siglo de los grandes genocidios. . . ?

En conclusión: sin echar mano del Amor no hay forma de definir al hombre. Ni de saber lo que es, ni quién es, ni de dónde viene, ni adónde va. En todo caso un ser perdido en el Universo y que además, como no podría ser de otra manera, después de miles (¿millones?) de años de no conocerse todavía a sí mismo, *aún sigue atezado por la incapacidad de conocer a los que le rodean*. Es imposible adquirir un conocimiento cabal del ser humano si la atención se limita al estudio de su naturaleza, como si no *procediera de* y no estuviera *destinado a*: pues entonces aparece como un ser insignificante al fin y al cabo, perdido en un planeta a su vez también insignificante y que navega en la infinitud de un Universo de dimensiones desconocidas. En el caso del ser humano, el conocimiento de su naturaleza requeriría, como condición esencial, la sabiduría acerca de los fines a los que está destinada. Una vez más queda patente que es imposible conocer lo que son las cosas, siquiera sea dentro de un grado de profundidad medianamente suficiente, si no se contemplan en referencia a su Creador.

Desgraciadamente, realidades fundamentales de la existencia cristiana son valoradas con frecuencia como secundarias. En todo caso quedan relegadas como pertenecientes al mundo de la experiencia mística, o consideradas como propias de estadios más perfectos de la vida cristiana, ordinariamente reservados para escogidos o selectos (las llamadas *almas consagradas*). Y sin embargo, el hecho de que Jesucristo represente para el cristiano la posibilidad de apropiarse *la propia vida de su Maestro*, es algo tan transcendental como para traducirse, o bien en el éxito completo, o tal vez en el fracaso total de una existencia humana; y todo ello, además, con carácter de eternidad: *Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así aquél que me come vivirá por mí*.<sup>5</sup> Suele olvidarse que el hombre ha sido creado *para amar y para ser amado*,<sup>6</sup> y que el amor no conoce

---

<sup>5</sup>Jn 6:57.

<sup>6</sup>Somos conscientes de que la expresión es una redundancia. La función de amar supone necesariamente la bilateralidad y la reciprocidad, puesto que siempre hay un *yo* y un *tú*. Sin embargo, las tautologías o repeticiones son útiles con frecuencia en el arte de discurrir el lenguaje humano.

medida. Y sin embargo todas estas realidades son consideradas algo así como un plus de gratificaciones, reservado como sobresueldo para quienes deseen llevar a cabo determinados servicios. (B)

(B) La *bilateralidad y reciprocidad*, por lo que respecta sobre todo al amor divino–humano, están claramente aseguradas en textos como los de Jn 15: 4–5; 15:9; 6:57; 1 Jn 3:24 o Ap 3:20.

En cambio, la *recíproca posesión*, si bien es un concepto claro en cuanto al amor divino–humano —*Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado*<sup>7</sup>— queda más diluida en el puro amor humano (se entiende en el amor verdadero, aun en el elevado por la gracia). Incluso en el texto de Ge 2:24, queda más resaltada, con aspecto de primacía, la expresión que señala la singularidad de cada uno de *los dos* que la que dice que serán ambos *una sola carne*; además de quedar clara la intención del texto de no referirse al orden sobrenatural. Por otra parte, si bien el acto por el que se consuma la unión conyugal es lo que mejor expresa el amor entre los esposos, en modo alguno aparece en él claramente la voluntad de intercambiar y de entregar las propias vidas. El texto paulino según el cual *neque mulier sine viro, neque vir sine muliere in Domino*,<sup>8</sup> ha de ser entendido más bien en sentido de *propiedad* que en el de *posesión*: y es bien sabido que los conceptos de propiedad y el de posesión son enteramente distintos en el orden jurídico. Y aún resulta más difícil descubrir el sentido del concepto de posesión en el texto de Ef 5:28, en el que se dice que, para el Apóstol, *qui suam uxorem diligit, seipsum diligit*, para continuar con la afirmación expresa (v. 29) que *nemo enim unquam carnem suam odio habuit*.

Por lo que respecta al intercambio y *mutua entrega* en totalidad (propiedad y posesión) de la vida de cada uno al otro, la idea es prácticamente inexistente en el puro amor humano, aun en el elevado por la gracia. Aquí aumenta la distancia entre el simple amor humano y el divino–humano y, por consiguiente, también el grado de participación de cada uno de ellos en el Amor. Los textos que hablan al respecto en el Nuevo Testamento han de ser entendidos en sentido real; e incluso los del Antiguo, a pesar de que sea preciso reconocer en estos últimos un sentido de perfección y consumación que les confiere una cierta proyección de futuro, a la espera de la llegada del Redentor, cuando al fin se convertirán en completa realidad.

---

<sup>7</sup>Ca 2:16; 6:3; 7:11; cf Ga 2:20, además de los textos citados más arriba.

<sup>8</sup>1 Cor 11:11.

El problema que se plantea aquí se refiere al hecho del mantenimiento de la *singularidad* de cada una de las personas que se aman y sus correspondientes vidas. Si cada una de ellas entrega su propia vida *a la otra*, en verdad y en la totalidad de su ser, ¿cómo puede conservarse intacta la peculiaridad e integridad de la persona de cada uno de los amantes?

Pero ante todo conviene apresurarse a disipar cualquier sospecha de confusión en sentido panteístico. Es requisito indispensable para el Amor la singularidad y peculiaridad de cada una de las personas que se aman, puesto que el amor es una *relación* que solamente puede existir entre personas, enteramente distintas como tales.

Con respecto a lo cual cabe preguntar si el resultado del intercambio de vidas, una vez que por la mutua entrega de los que se aman parecen fusionarse en una misma, es compatible con la permanencia de la singularidad de la persona de cada uno de ellos. O dicho de otra forma, si el hecho de convertirse los que se aman *en una sola cosa* es armonizable con el de que cada uno de ellos siga siendo *uno y el mismo*.

Con respecto al Misterio de la Trinidad, la doctrina ha disipado el problema hasta donde es dable hacerlo. En la Esencia Divina, las Personas que se aman y mutuamente se entregan mantienen cada una su propia singularidad como Persona. A pesar de que su unión y compenetración es tan perfecta como que se identifican realmente en la unicidad y unidad de una sola Naturaleza (numéricamente una). Lo cual es impensable con respecto a la creatura. La naturaleza humana no puede *fundirse* formando un uno (numéricamente uno) con otra naturaleza, y menos aún con la divina.

Con el fin de enfocar bien el problema, conviene insistir en que cualquier sombra de panteísmo es incompatible con el concepto del amor. De ahí que ciertas expresiones como la de *hacerse uno con Dios* o la de *perderse en Dios* quizá deberían evitarse. No existe aquí la intención de cometer el despropósito de sembrar dudas acerca de la rectitud de venerables doctrinas, fruto de la elaboración de ilustres Santos y eximios Doctores, por lo demás venerados con toda justicia por la Iglesia y por el común de los cristianos sin la menor vacilación durante siglos. Pero tampoco sería honesto ocultar que algunas expresiones, así como ciertos modos de plantear la doctrina de la oración contemplativa, podrían dar lugar a que alguien pretendiera encontrar en sus doctrinas leves indicios de panteísmo y hasta de *quietismo*. Infundados, sin duda alguna; pero indicios aparentes, de todos modos.

Con respecto a la oración contemplativa, el ejemplo de Santa Teresa referente al agua extraída trabajosamente del pozo, frente a la lluvia torrencial que cae del cielo y que cala sin esfuerzo alguno por parte del hombre, aducido con el fin de ilustrar la diferencia entre la simple meditación y la contemplación (actividad en un caso frente a la pura pasividad en el otro), es susceptible de algún cuestionamiento. Si se entiende que la oración contemplativa es una etapa avanzada en la vida de oración, o un estadio en el que ha de reconocerse un alto grado de intimidad en la relación amorosa entre Dios y el hombre, y dado el carácter de bilateralidad y reciprocidad propio de tal relación, resulta difícil pensar en una actitud de *pura pasividad* por parte de la creatura. La relación de amor nunca es pasividad por parte de alguno de los que se aman; y menos todavía si tal relación ha alcanzado un alto grado de intimidad e intensidad. Por supuesto que nunca ha sido tan verdadera la afirmación de que *todo es gracia* como en todo lo que sucede en la oración contemplativa. Lo cual en modo alguno es suficiente para *eliminar la actividad humana*, absolutamente necesaria como integrante de una respuesta que se supone esencial y que es real en la relación de amor; eso, de un lado. Y de otro, que tal pretensión equivaldría a suprimir un punto fundamental inherente a la gracia: la cual es sin duda alguna un don gratuito de Dios, pero que otorga a su vez la condición de que el acto humano sea verdaderamente humano, con mérito personal y propio. Damos aquí de lado a la explicación del misterio, aunque sin olvidar que reconocer su carácter de inexplicable no equivale a negar su existencia. Por lo demás, la misma Santa no parece estar enteramente de acuerdo con esta parte de su doctrina: si se pone atención en la lectura de su *Autobiografía*, pronto queda de manifiesto que el libro no es sino una encendida narración de sus relaciones de amor con el Señor, en íntima y extraordinaria reciprocidad de diálogos y de afectos *por parte del uno y del otro*. Y por lo que respecta a su *Castillo Interior*, la obra es la exposición del *esforzado y difícil* itinerario que ha de recorrer el alma, siempre animada y sostenida por la gracia, a través de las diversas *moradas* que la conducen hasta el mismo centro o punto definitivo de encuentro y de unión con Dios.

En cuanto al fenómeno místico de la *transverberación*, como gracia singular otorgada por Dios a la Santa, parece más difícil negar en él la actitud de pura pasividad. El hecho no deja de ofrecer semejanza con los estigmas de San Francisco de Asís o de otros Santos. Sin embargo, tales gracias de Dios, si bien se consideran, suponen un intenso y extraordinario momento y acto de amor: amor divino–humano, pero que por eso mismo supone un mayor exceso y una más intensa sobreabundancia de amor, tanto por parte de Dios como por parte de la

creatura (el amor nunca es cosa de *uno solo*), en tal grado como para sobrepasar a toda especie de amor puramente humano. Admitido lo cual, se hace entonces prácticamente imposible no reconocer en tales acontecimientos, y precisamente en ellos con mayores razones, una acción recíproca y bilateral por parte de los dos que se aman.

A fin de abordar el problema del mejor modo posible conviene establecer ciertos prolegómenos. Ante todo, debe partirse de un hecho seguro. Cual es el de que la persona como tal es capaz de entregarlo todo. . . , menos la capacidad de entregarlo todo. De no ser así, es evidente que, al llevar a cabo esa pretendida *entrega*, perdería su condición de persona; con lo que desaparecería por lo tanto toda posibilidad de existencia de la relación amorosa. ¿Significa eso que la persona ha de reservarse *algo* en la relación amorosa que, por otra parte, es enteramente auténtica y real? Desde luego que no exactamente. De todos modos, y con el fin de no desviarse del problema, conviene no olvidar que aquí se está hablando del profundo misterio de un concepto, cual es el del Amor, que en último término se identifica con Dios (1 Jn 4:15).

Y para entenderlo, siquiera sea hasta ciertos grados accesibles a la naturaleza humana, es necesario volver a echar mano de la Revelación. Al fin y al cabo, el amor humano es una participación del Amor Divino, cuyo carácter de *semejanza analógica* con el Misterio Trinitario es una realidad que está ahí, sin el conocimiento de la cual hubiera permanecido siempre como el más inexplicable y profundo de los arcanos. Son ya muchos los siglos que han transcurrido para la Humanidad en su empeño de penetrar en el Misterio. Con el resultado de meros atisbos y aciertos balbucientes aislados entre un océano de desiertos (Platón), antes de la Encarnación del Verbo. . . , o de doctrinas insuficientes, aunque ya más cercanas a la realidad (San Agustín, Santo Tomás), después de ese acontecimiento.

Mediante la ayuda de la Revelación, sabemos que la generación del Verbo tiene lugar *en el instante siempre actual y presente* de la eternidad; sin que quepa imaginar en él un *antes* o un *después*. Tal como lo dice expresamente el salmo: *Filius meus es tu, ego hodie genui te*.<sup>9</sup> Donde el *hodie* es justamente el vocablo que expresa el instante actual y presente de la eternidad. La generación del Hijo, con la entrega amorosa del Padre a su Verbo, es absolutamente actual, sin posibilidad alguna de concebir en ella un antes o un después. En realidad no tuvo comienzo, así como tampoco tendrá fin. El Padre se entrega en *totalidad* al Hijo sin dejar de ser la Persona del Padre. Y recíprocamente lo mismo ocurre

---

<sup>9</sup>Sal 2:5; cf Hech 13:33; Heb 1:5; 5:5.

con el Hijo en su Respuesta al Padre. Por otra parte, según palabras del mismo Jesucristo, *todo lo que tiene el Padre es mío*;<sup>10</sup> un texto para el cual caben tres interpretaciones posibles: a) Todo lo que posee el Padre en Sí mismo me ha sido entregado por Él y me pertenece; b) Todo lo propiamente mío se lo he entregado al Padre; c) Después de haber entregado todo al Padre, el todo sin embargo sigue siendo mío. Donde es posible que ninguna de las tres interpretaciones excluya a las otras; mientras que queda claro que, una vez realizada la mutua entrega, el todo *sigue siendo* de ambos.

Si aplicamos el conocimiento derivado de la semejanza *analógica* al amor humano, y con más propiedad al divino–humano, estaremos en condiciones de descubrir que el acto de amor perfecto, precisamente por serlo y suponer una entrega en totalidad, no tiene lugar en un instante determinado para que después suceda algo así como *ya está hecho*. Sino que, muy al contrario, tal acto sigue siendo actual y presente. La persona que ama en perfección entrega en totalidad y *sigue entregando*, en un acto en cierto modo atemporal que viene a significar que el amor trasciende los límites del tiempo y aun de cualquier condicionamiento. La persona amante entrega y sigue entregando, *y de ahí precisamente que nunca pierda su carácter de persona*. En puridad, dejaría de amar en el instante mismo en que dejara de entregar. La persona lo entrega todo, y mantiene al mismo tiempo, sin embargo, su capacidad de entregar: sin la cual *dejaría de ser persona* y desaparecería como por ensalmo la relación amorosa.

Si lo dicho hasta aquí fuera cierto, tal vez podrían deducirse de ello interesantes consecuencias.

En primer lugar, que la perfección del acto amoroso exige poseer caracteres de eternidad. Según lo cual, el verdadero amor sería en todo caso, y bajo cualesquiera circunstancias, destinado a ser tal *para siempre*. Al menos como un carácter peculiar que estaría exigiendo su consumación.

Si se parte de la base de que la *Perfecta Alegría* únicamente puede ser fruto del *Perfecto Amor* (y no se sabe de otra cosa que pudiera producirla), y dado caso de que, efectivamente, la Alegría no puede ser perfecta y completa si carece de la condición de eternidad, queda todavía más confirmado el carácter de perennidad tanto del Amor como de la Alegría. Lo cual conduciría a la conclusión de que limitar la consideración de la *Beatitudo*, o último fin del hombre, a la *contemplación saciativa de la Verdad* parece insuficiente. Puesto que el Amor, fuente al fin de toda Alegría y de cualquier *Beatitudo*, supone la *posesión*, además de la *visión*, y por otra parte es también perenne por naturaleza. De donde en

---

<sup>10</sup>Jn 16:15.

todo caso, si se admitiera que la *Beatitudo* es fruto a su vez del Amor, habría que reconocerle la nota de reciprocidad y excluir de ella, por lo tanto, la pura pasividad. Lo que parece quedar confirmado por lo que dice el Apóstol, según el cual *cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto*.<sup>11</sup> Y aún continúa: *Porque ahora vemos como en un espejo, borrosamente; pero entonces veremos "cara a cara". Ahora conozco de modo imperfecto, pero entonces "conoceré como soy conocido"*.<sup>12</sup> De donde todo parece indicar que el Apóstol, no sólo no está en contra de la reciprocidad, sino que parece dejar en un segundo plano la pura pasividad: veremos *cara a cara* —dice—, para añadir enseguida, *conoceré como soy conocido*.

Otra conclusión, no menos importante, sería la de que la capacidad de amar es inherente al concepto de persona. Lo cual otorgaría un mayor y mejor fundamento a la realidad de la semejanza del hombre con Dios.

Y por último, una vez admitido todo ello, si ése fuera el caso, habría que abrirse a la posibilidad de que la definición de Boecio con respecto a la persona, que luego hizo suya la Escolástica, tal vez no pueda considerarse completa. En el sentido al menos de que no contempla uno de los elementos fundamentales del concepto de la persona, cual es la posesión inherente de la capacidad de amar. La misma que, en definitiva, goza de la cualidad de ser la característica más apropiada, tal como acabamos de apuntar, para explicar la semejanza del hombre con Dios.

El vehemente anhelo y ansiedad producidos en la esposa al escuchar la voz del Amado están descritos en el *Cantar*, si bien de manera muy especial, como corresponde a una realidad que también se encuentra muy lejos de lo común:

*Yo duermo, pero mi corazón vela.  
Es la voz del amado que me llama.*<sup>13</sup>

Lo cual sucede, como puede verse, tanto durante el día como en el momento de la noche, en estado de vigilia e incluso durante el

---

<sup>11</sup>1 Cor 13:10.

<sup>12</sup>1 Cor 13:12.

<sup>13</sup>Ca 5:2.

sueño; porque el amor no sabe de intermitencias.<sup>14</sup> Esta exclamación del *Cantar* es otra prueba de carácter doble que confirma lo que se viene diciendo. Ante todo, por ser una alusión a un misterio, cual es el del amor, que sobrepasa a todo lo que el ser humano hubiera sido capaz de imaginar.<sup>15</sup> Y en segundo lugar, por ser otra evidencia de la angustia experimentada por el lenguaje humano, que no puede sino sentirse acongojado al comprobar su propia insuficiencia.

Insuficiencia en cuanto a ser exhaustivo, pero no en cuanto a su (relativa) efectividad. La realidad del Amor es inefable, aunque no imposible de conocer; ni menos aún incapaz de manifestarse. El problema estriba en que el Amor se identifica con el mismo Dios, y de ahí que cuanto más se conoce, mayor es la percepción de un lugar y de una meta finales. . . que no tienen final.

Lo admirable del lenguaje humano es su capacidad para no dejarse amilantar por su insuficiencia. Al mismo tiempo que se lamenta por lo que no logra expresar, se regocija con el intento de revelar a su modo —con palabras— algo de lo que percibe de esa Belleza Infinita que arrastra a la creatura hasta el Amor. De ahí que entre los malabarismos y piruetas que se ve forzado a realizar, intentando a la vez disimular y superar su propia impotencia al tiempo que canta a la Belleza y al Amor, aparece ante sí mismo convertido en algo semejante a un ramillete de extrañas flores, de increíble encanto y

---

<sup>14</sup>Como ya se ha visto más arriba, mejor que asignarle al amor el carácter de *atemporal*, habría que reconocerle el de *eterno*.

<sup>15</sup>El Amor es para el ser humano, a la vez y juntamente, un misterioso secreto —el mayor de todos los Misterios— y la más brillante y esplendorosa de las realidades. Siempre inaccesible y oculto; pero también constantemente manifestado en obras a las cuales debe el hombre, primeramente su existencia (fue creado por el Amor), y luego la Felicidad de su destino eterno (fue creado para el Amor): *Sacramentum regis bonum est abscondere, opera autem Dei revelare et confiteri honorificum est* (To 12:7).

de sublime esplendor. Tan angustioso y feliz intento por superar lo insuperable es conocido por muchos con el nombre de *Poesía*. Y así es como puede verse, como ejemplo de lo dicho, la emoción incontenible de la esposa ante la posibilidad de oír de nuevo, de labios del amado, la turbadora confesión *te amo* (expresión la más bella y sublime que el Cielo y la Tierra pudieron inventar). Lo que no es de extrañar, cuando se considera que quien ahora la pronuncia es Aquél que considera a la esposa:

*alzándose como la aurora,  
hermosa cual la luna,  
espléndida como el sol,  
terrible como escuadrón ordenado en batalla.*<sup>16</sup>

¿Qué tiene de particular, según eso, que la esposa se sienta *amedrentada* (también existen las congojas y tormentos de amor) ante la posibilidad de saberse morir de emoción si acaso llegara a escuchar otra vez, de parte del Esposo, ese breve conjunto de *divinas palabras*? Como algo así:

*Si de nuevo me vieres,  
allá en el valle, donde canta el mirlo,  
no digas que me quieres;  
no muera yo al oírlo  
si acaso tú volvieras a decirlo.*

---

<sup>16</sup>Ca 6: 4.10. En la relación amorosa divino–humana, el ser humano suele hacer más hincapié en el amor que siente hacia Dios que en el que Dios le profesa a él. Con lo que las notas de reciprocidad y bilateralidad quedan un tanto diluidas. Extrañamente, resulta más fácil para la creatura ser consciente de su propio amor a Dios que de la realidad inefable de que *Dios está enamorado de ella*.

Pero las expresiones de amor entre enamorados dan también entrada a los *desatinos*. Que así es como suelen parecer a los demás, pero en modo alguno a ellos; puesto que, al fin y al cabo, el amor difícilmente encuentra formas de expresarse que siempre satisfagan, tales son la pobreza del lenguaje y la inmensa riqueza del contenido. De ahí también los dislates y aparentes contradicciones que pueden resultar incomprensibles a los de afuera:

*¡Cuánto anhelaba yo que tú me oyeras,  
mi tierno amigo, esposo y dulce amo,  
y al oír de mis labios “yo te amo”  
lo mismo que te digo me dijeras..!*

Efectivamente las palabras que componen la declaración *te amo* forman un conjunto que parece poseer la profundidad de lo divino. Sea de ello lo que fuere, la atribución no es exagerada. Al fin y al cabo, esa frase contiene la manera más apasionada y directa de expresar el amor: el que un *yo* siente por un *tú*, a la espera de ser correspondido y escuchar justamente lo mismo de ese *tú* que a su vez es también un *yo*. Y el lenguaje amoroso —el lenguaje como expresión del amor— es precisamente lo que más íntimamente acerca el hombre a Dios, que es Amor. Por lo demás, el Esposo es para la esposa *su vida* (Col 3:4).<sup>17</sup> Y en cuanto al mismo Esposo, incapaz por su parte de expresar en lenguaje humano lo que siente por la esposa y lo que ella significa para Él, la llama *terrible como escuadrón ordenado para la batalla*. Como bien puede verse, he aquí de nuevo el insólito lenguaje de los enamorados. . . . Preciso es reconocer que el complejo entramado de tropos, metáforas, alegorías, epítetos, etc., —toda la frondosa abundancia del lenguaje figurado— es una de las

---

<sup>17</sup>Cf Flp 1:21; Ro 14: 7-8; Jn 6:57; 1 Jn 4:9; etc.

realidades más desconcertantes, extrañas y misteriosamente bellas, que forman parte del mundo encantado de la Poesía. Es fascinante el punto al que pueden llegar el Amor y la Belleza, conminados como están a no entregarse sino parcialmente a la creatura, cuando tratan de romper de mil formas las ataduras que los amordazan. Y si bien tal esfuerzo solamente da fruto en muy pequeña parte, no por eso ambos dejan de volver a intentarlo, una y otra vez, siempre con la mirada puesta en el feliz resultado de una empresa que ellos saben bien que solamente culminará... a partir del momento de la arribada definitiva de los enamorados a la Patria. (C)

(C) De todos modos, aun reconociendo la *locura* del lenguaje amoroso y sus sorprendentes e inesperadas expresiones, parece más normal que los enamorados tiendan a preferir el lenguaje suave, acariciante y delicado, repleto de tropos donde con frecuencia aparecen términos como los de lugares nemorosos, algaidas, florestas, valles y espesuras... para intentar expresar, de la mejor forma posible, aun con balbuceos, la intensidad de su mutuo amor:

*Ven por fin a mi lado, bienamada,  
mi esposa, mi perfecta, mi paloma,  
pues ya la noche corre apresurada  
y el sol tras el otero ya se asoma.*

El lenguaje del amor humano es el mismo que utiliza el amor divino o el divino-humano. Al fin y al cabo, todas las formas de amor humano (cuando es verdadero) no son sino niveles diversos de participación en el infinito Amor. Conviene recordar que el amor divino-humano, con respecto al puramente humano, se encuentra en otro nivel más elevado cuya diferencia no es meramente de grado, sino también de cualidad. Su problema consiste —si problema puede considerarse— en que es inexpresable.

Si el simple amor humano resulta ininteligible para quien nunca ha vivido el amor, y siempre y en todo caso difícil de comprender en profundidad, ¿qué decir del amor cuya naturaleza se encuentra en otro plano aún más elevado y por completo diferente? Si el amor de un ser humano hacia otro ya es cosa inefable, ¿cómo explicar el amor a Dios a través de la Persona en la cual, tanto su

humanidad como su divinidad son juntamente plenitud? Si el Amor Esencial era *inasible* al hombre en la realidad de su Infinitud y en la esencialidad de su Ser como Espíritu, ¿qué puede suceder si tal Amor Infinito decide *encerrarse* en una naturaleza humana y hacerse así perceptible y *asible* para la creatura? He aquí la cuestión: Amar a un hombre *hasta el grado máximo en el que un hombre podría ser amado*, y amar a Dios *hasta el punto límite en que puede hacerlo una naturaleza humana que ahora ya es capaz de percibirlo y tratarlo en forma tangible* (1 Jn 1: 1-4). Y todo ello con fuerzas, aun más que sobrehumanas, sobrenaturales. Nunca tal cosa pudo haber sido imaginada por el hombre. Sin embargo, *amar ahora, a la vez y juntamente, al Hombre y al Dios, hasta la plenitud de capacidad de la humana naturaleza; pero además elevada por la gracia...*, tal cosa excedió desde siempre —y sigue excediendo— todas las posibilidades de intelección, de fantasía, de ilusión y de felicidad del corazón humano. De este modo, la Infinitud del Amor en Sí (todavía inasequible a la creatura), aparece ahora concentrada, contenida, expresada, ofrecida y entregada a través de un Hombre (ahora, al fin, asequible a la creatura).

Ahora bien, ¿qué significa exactamente la expresión *te amo*? Y la única respuesta posible ante esa pregunta es... la de que nadie lo sabe. A pesar de que millones de seres humanos la han venido pronunciando durante siglos y siglos, nadie ha sabido jamás hasta ahora aportar una explicación por entero satisfactoria. Ni tampoco parece muy probable que alguien vaya a hacerlo en el futuro.

Y sin embargo —y esto es lo verdaderamente sorprendente—, nadie duda acerca de lo que quiere decir cuando pronuncia esas palabras. Quien lo hace se siente seguro con respecto a lo que experimenta su corazón, aunque nunca será capaz de explicar con precisión el contenido de sus sentimientos.

¿Qué es realmente lo que siente en su corazón quien pronuncia esas palabras? Por supuesto que la respuesta fácil y pronta que acude a la mente es de todos conocida: el amor, evidentemente. Lo que expresa esa frase es el sentimiento del amor hacia la persona a quien va dirigida. Aunque esto equivale en realidad a continuar

sin respuesta... , porque, ¿qué es exactamente y en qué consiste el amor?

El amor creado, otorgado generosamente a la creatura como una participación del Amor Infinito,<sup>18</sup> es de todos modos un *mysterium fascinosum*. En gracia a la simplificación, podría calificarse como un sentimiento de atracción, por parte de la creatura, hacia alguien en quien percibe lo bueno y lo bello; aunque quizá sería mejor calificarlo al respecto como un *conjunto de sentimientos*. Algo a todas luces insuficiente, puesto que el amor, como realidad ontológica que es, anda muy lejos de quedar reducido meramente a sentimientos.

Ante lo cual cabe preguntar: ¿Qué clase de sentimientos? Y aquí sucede algo semejante a lo que experimentaría quien se encuentra repentinamente en algún lugar desconocido en completa oscuridad: sin saber dónde está, ni porqué se encuentra allí, ni qué es lo que le rodea, ni cuál es la dirección en la que debería moverse. Y sin embargo comprendería la necesidad de empezar a caminar hacia alguna parte hasta tropezar con algo, en un esforzado intento por salir de tal situación de la manera que fuere.

Y quizá sea eso lo mejor que se puede hacer aquí. Comenzar a dar pasos, aun sin dirección alguna predeterminada, tal vez dando vueltas en círculo, con la esperanza de encontrar algo y de acercarse lo más posible al núcleo del misterio.

La expresión *te amo*, dirigida a la persona amada, responde en realidad a un complejo de sentimientos: de sorpresa, de asombro, de admiración, de alegría, de ternura y algunos más; pero más que nada, y por encima de todos ellos, el de atracción hacia la persona amada. De todos modos, puesto que el conglomerado de sentimientos

---

<sup>18</sup>Aquí no se pretende hablar del Amor Infinito, que es Dios. Las ideas expuestas aquí se refieren al amor creado y como simple aproximación al tema; sin aspirar a profundizar teológicamente en el misterio.

que comporta el amor es más intrincado y profundo de lo que se pudiera decir aquí, cualquier intento de explicarlo en totalidad es de antemano una tarea condenada al fracaso.

La declaración *te amo* supone la confesión de *rendición incondicional* ante la persona amada. Quien la pronuncia está reconociendo su deseo de *pertenecer* a ella, lo cual no puede llevar a cabo sino mediante la *entrega* o donación. Una primera aproximación al tema descubriría que la entrega a la persona amada es subsiguiente al deseo de pertenecerle.

El amor se ofrece a la consideración del ser creado como una cadena de sentimientos, de los cuales es uno el de la *sumisión* a la persona amada. Un episodio ilustrativo al respecto se contiene en la narración de los sucesos de la Última Cena. Cuando Jesús se dispone a lavar los pies de sus discípulos, San Pedro se niega a aceptar tal humillación ante su persona por parte de su Maestro.

Pero el examen de este carácter tan peculiar del amor nos conduciría al planteamiento y estudio de nuevos problemas, alargando una tarea que ya no es de este lugar.